

muelle... Van saltando sobre la cabeza suavemente, como volando, como quitándole peso al que los lleva en vez de dárselo.

Cuando un doctor pega el oído al pecho de un enfermo parece querer escuchar una conversación a través de una puerta cerrada. Pretende escuchar, con cierta indiscreción, las confidencias que hace un pulmón a otro.

Los tirantes aprietan las alas. ¿Las alas? Desde luego sentimos que estamos supeditados por los tirantes, sin los que nos desenvolveríamos más alto y mejor. La fuerza de gravedad se agarra y tira a veces violentamente de nuestros tirantes.

La tragedia de la gota de agua cayendo en el cubo del lavabo toda la noche es una tragedia de asunto lacónico, pero espeluznante, que conocen las pobres criaturas humanas, en las que no todo ¡ni mucho menos! es heroico... Si no se levantase uno para evitar que insista, le pasaría lo que a aquellos mártires de la Inquisición, a los que horadaba el cráneo el gota a gota del suplicio «del agua».

Ese que lleva el paraguas abierto cuando ya no llueve parece el hombre del paracaídas, que se ha caído de un nido agarrado a su aparato salvador.

Un *consommé* de hotel es un agua que se toma por superstición, como las beatas el agua bendita. Es tal vez agua bendita caliente...

Hay unos papeles que se pegan a los zapatos y que, aunque uno es prudente y espera a que ellos se suelten, hay que enfadarse con ellos para que no nos sigan.

A veces, ante esa insistencia excesiva e inexplicable con que se apagan las cerillas, llega un momento en que nos volvemos coléricos para romper-

le la cara a «ese» que nos las apaga con marcada mala intención... Pero, cuando nos volvemos, el muy cobarde se ha escondido.

Debía haber algún sitio en el que arrear al tranvía, en que todos los viajeros, con el bastón látigo, le pudieran dar en unos flancos sensibles como los de un caballo. Aunque no corriese más por eso. ¡Poderle espolear!

En las salas de los gimnasios está el aburrimiento, el mayor aburrimiento del mundo, el más formidable aburrimiento del mundo, que se columpia en los columpios, que se agarra a las anillas, hace constantemente paralelas, anda con las manos como si fueran los pies por la escalera que se extiende horizontal a su cabeza, gatea por la cuerda de nudos y maneja todas las pesas, desde la que tiene cinco kilogramos de aburrimiento hasta la que tiene cien kilogramos de aburrimiento.

Cuando pisamos distraídamente una cerilla, nos asustamos como si hubiese surgido de la tierra una tufarada del fuego infernal o como si una bomba anarquista hubiese atentado contra nosotros.

Dar a una piedrecita con el pie y llevarla así siempre adelante, adelante, es algo más transcendental de lo que parece a simple vista... No hay trivialidad que ayude tanto a no ocuparse del camino, de la largura del camino y de los pesadumbrosos pensamientos que surgen en él... Es curioso cómo sucede ese enganche: se encuentra la piedrecita, la cáscara, el bote o lo que sea, ese rabo o ese tacón, o esa contera de una cosa; se tropieza con ella una vez para quitarla del camino, pero en vez de hacer sólo eso, se la empuja de frente y se la vuelve a empujar al encontrarla a los pocos pasos y se le vuelve a dar un puntapié, pero cuidando ya más de que no se desvíe, ya con verdadero cariño por ella, hasta llegar a seguir el camino, atraídos por esa avidez del objeto por seguir avanzando... Así, nuestra finalidad llega a no tener término y, violentos y excitados, quisiéramos un camino interminable para seguir haciendo avanzar nuestra tabla ideal a través de este y del otro mundo, como si eso resolviese mejor que nada el objeto de nuestra vida. Yo fundaría con ese único credo la secta de los «tabistas».

Aquel brindis, aquel discurso que no estaba en el menú, por más que movimos el café no se deshizo en él. Mal brindis. El brindis a veces es una

cosa que se echa al café, que se mueve con la cucharilla y que hace más amargo el café del banquete.

Las modernas damas ya no se dan los polvos con el aire de suavidad y eteridad con que se manejaban las antiguas borlas, sino como si se limpiasen el hocico arrastrando la pequeña bayeta con la violencia con que la madre nerviosa limpia al niño rebelde un pedazo de cara.

¡Oh, el aprendizaje de los músicos militares en los desmontes, triste, lento, ruidoso!... Estraga todo el paisaje y lo echa abajo, haciendo más descampado el descampado, haciendo más crudos los vertederos, haciendo más pelados y más agrios los desmontes... ¡Sobre todo los gallos irresistibles de la trompeta, los desolados solos de la trompeta y los toques huecos sin idealidad ni blandura ni dulzura de la trompeta!

Los vasos de agua que se vierten son verdaderas trombas de agua, verdaderas inundaciones que sugieren una ley física nueva que se podría redactar así: «El agua que desaloja un vaso que se vierte es infinitamente mayor que la que aparentaba contener».

Nunca el fuego es más sobrecogedor que cuando en la noche de viaje se abre la portezuela del horno demasiado encendido de la máquina y se refleja en el paisaje el incendio, los carbunclos entrañables y solitarios, que dan un secreto pánico a la soledad, como si se abriese un portillo hondo y revelador en la Tierra, dejando entrever su fuego central.

La americana clara de ese caballero ha salido funda de butaca más que americana legítima.

El *chauffeur*, dormido en el pescante del regio automóvil, apagado y parado las horas muertas junto a la verja del palacio, muy remoto y muy fantástico en el fondo del jardín, sueña que, vestido de frac y lleno de seducción, baila en la fiesta magnífica y deslumbradora, mientras a la puerta le espera un automóvil dirigido por un *chauffeur* hipócrita, inaguantable

y ladrón, al que cuando salga zarandeará sin consideración y con un señorío riguroso para que se despierte.

Los guardias de la porra son una especie de bañeros para ayudar a pasar el mar de la circulación.

En el café espeso de las seis de la tarde parece que una condensación del alma anodina de los demás cae sobre los párpados y pesa sobre ellos.

Después de haber abierto un libro con el abrepapeles, nos sentimos como barberos que acaban de afeitar a un cliente. Sobre todo, si el libro está impreso en papel pluma la sensación esa es más directa.

¡Qué sucios y de qué remota merienda hablan estos papeles que envolvieron las tortillas, el chorizo y la carne empanada –carne vestida de gran *soirée*– y que vuelan desprendidos y engurruñidos por los jardines públicos!... Son una grave mácula del jardín con sus manchas de grasa... ¿Quién los barrerá alguna vez? ¿Quién los barrerá nunca? ¡Cómo ensucian el campo!

Cuidemos de que esos muelles que cierran las puertas con su solo esfuerzo, corrigiendo el olvido insistente de los hombres ordinarios, no sufran ese retorcimiento exasperante a que se les somete, obligando a la puerta a estar abierta largas horas, inmovilizada por una cuña o una silla en esa postura. ¡Qué dolor más insufrible el del muelle tenso y paralizado demasiado rato! ¡No hagamos sufrir a los muelles tan largo suplicio! Tengamos caridad con las cosas, y sobre todo con las cosas vivas como los muelles.

Los armarios de luna son como confesionarios, en que se saben todos los calcetines zurcidos que tenemos.

El canario hace filaturas de filigrana con el espacio y el tiempo.

El que sube la escalera a obscuras es la máscara que vuelve del baile de no sabe dónde.

Esa locomotora última que pita en la madrugada es como un niño que llora desvelado en la alcoba de la sala de máquinas.

El tambor batiente prepara la mayonesa de las grandes batallas.

Las placas de «peligro de muerte» son los ex libris de la ciudad.

Los viveros son colegios de niños donde los árboles aprenden urbanidad y las palmeras saludos y gestos de adorno.

Cuando se aprecia lo preciosa que es una cerilla y lo poderosa, es cuando no se tiene ninguna... ¡Oh lo milagroso, lo imposible que es el hacer el fuego!

En la sombra de la calle, en la alta noche, hemos pensado el caso más triste de la caridad... El pobre de pedir limosna se iba de retirada a su casa, cuando un ciego fijo en una esquina, con la mano extendida y sujeta como un platillo, le ha pedido caridad. El pobre le ha dado una moneda... ¿Qué fuerza no tendría esa limosna hecha con la limosna? Quizás a la mañana, cuando la mujer del ciego contó las monedas de cobre, encontró una de oro.

Esa maleta que durante algún tiempo, después del último viaje, queda en un rincón del pasillo, incita a los viajes, desconcierta, apremia, pide otra vez sus cosas con urgencia, con las prisas de cerrarla para llegar al tren. Tanta lata nos da, tanta monserga, que ordenamos imperiosamente: «Pronto... Esta maleta... Que la suban a la buhardilla».

Se han ido colocando prendas sobre la cama –un cepillo, dos trajes, un sombrero, un periódico, unos papeles, una corbata, el gabán–. ¿Quién se acuesta? ¿Quién quita todo eso? Parece que no podremos remover todo eso, y por eso trasnochamos más... Después, al fin, precipitadamente y sin saber cómo, desescombramos la cama y lo logramos echar todo sobre una silla, en la que conserva todo un gran equilibrio.

Hay para matar a ese vecino que ha dejado abierta esa ventana que golpea toda la noche... Para matarle como al ladrón que nos ha tenido en vilo y sobresaltados toda la noche.

Lo más trágico de los domingos son las criadas a las que no les ha tocado salir...

¡Qué rico sería lo que se pescase con una especie cualquiera de anzuelo en las banastas y las fuentes y las bandejas con altos castillos de dulce que pasan bajo el balcón!.... Es un deseo antiguo y constante el de realizar ese ensueño.

El asta de las banderas sin bandera es algo desalmado, inútil, feo, triste, aburrido, que debían quitar al quitar la bandera... Parece un palo que han atado los chicos al balcón.

¡Cómo se utiliza y muere después del sorteo un décimo de la lotería!... No nos decidimos a tirarle, da lástima, quisiéramos que sirviese para otro sorteo, se debía poder revender como las papeletas de empeño, parece que debemos guardarlo como para el caso de una revisión.